

hasta que el ángel negro señale quién ha de ir primero á esperar á su amigo en la morada de nuestros abuelos.

El corazón de Ogaule se había abierto al placer con un entusiasmo tan puro como en los días de sus amores: Ixtlou olvidó por un momento los dolores que obscurecían su alma para gozar de todo el deleite que le ofrecía la presencia del amigo de sus días de gloria. Netzula, llena de belleza, de ternura y de fuego, participaba de las emociones de los ancianos, y se complacía en la imagen del compañero de su padre. Octai lloró de regocijo al saber que la soledad no cercaría más la morada de su amado.

## II.

La hija del guerrero continuó en llevar todo lo necesario á los dos ancianos: sola en el universo, su alma no experimentaba otras emociones que las del amor hacia estos objetos de su ternura, y su corazón ardiente deseaba estas impresiones vivas, aunque estaban muy distantes de satisfacerle.

Una noche encontró á su padre muy pensativo: parecía que toda el alma y toda la existencia del anciano estaba envuelta en sus pensamientos. En vano procuró Netzula distraerlo y arrebatarlo de sus medi-

taciones; él la estrechó en sus brazos, le habló friamente de su madre y de su hermano, y parecía que la contemplaba con más cariño que otras veces. Ogaule le dirigió miradas muy tiernas; pero calló igualmente sobre el asunto que llenaba el alma de su amigo.

Recibieron noticias de Utali: su valor sobresalía en la guerra: Oxfeler le miraba como á un amigo íntimo, y era el confidente en sus determinaciones, y su defensor en los combates. Los ancianos vertían lágrimas de amor y de entusiasmo con la fama de las hazañas de sus hijos; y cada una de las distinciones de Oxfeler á Utali era un vínculo más para los dos amigos.

—Hija mía, dijo Ogaule á la joven en una de las noches de la cabaña del monte: hija mía, tú eres la más hermosa de las vírgenes de Anáhuac, y mi Oxfeler tiene un lugar entre los guerreros que aspiran al premio del valor y á la corona de la patria. ¿Rehusará la belleza unir su suerte al defensor de los pueblos?

Netzula dirigió una mirada á su padre, bajó los ojos, y sus mejillas se colorearon como las manzanas del otoño: guardó silencio: Ixtlou estrechó la mano de su hija y sonrió: ella callaba, pero el guerrero dijo á su amigo.—Un sólo placer me resta sobre la tierra: cuando mi hija venga á aumentar los lazos que unen á nuestras familias, la espada de los extranjeros no será terrible á

mis ojos, y la tierra del sepulcro será lecho muy dulce á mi sueño. Sí, exclamó Ogaule, tú serás la esposa de mi Oxfeler; él te amará y tú le amarás, y los votos de mi alma estarán colmados: habla, hija mía, dame este día de placer, y volverá á levantarse en mi pecho la alegría.

Netzula contestó que nada podría ella negar de lo que hubiese de complacer á su padre, pero que esperaba saber los pensamientos de Octai: los ancianos estrecharon en sus brazos á su hija, y conocieron que su madre partiría con ellos el placer que las esperanzas de este enlace les ofrecían.

La hermosa se retiró llena de las ideas de la noche: nada veía, ni el campo, ni la naturaleza; su alma estaba absorta en las ilusiones y en la esperanza; el amor del primer guerrero, del defensor de Anáhuac, del hijo de Ogaule, halagaba su corazón y experimentaba un movimiento de orgullo de contemplarse esposa de Oxfeler; pero cuando pasaban estas consideraciones, su alma se hallaba sumergida en un vacío inexplicable. ¡Ay! ¿es lo mismo la admiración que el amor? ¿Puede llenar un simple orgullo el lugar del más puro sentimiento del hombre?

Octai supo con placer quién era el esposo de su hija, y vertió lágrimas al recuerdo de la juventud de Ixtlou; sólo le disgustaba la idea que de tiempo en tiem-

po se presentaba á su alma, á saber, que Netzula no conocía aún al hombre con quien debía unir su suerte; pero el corazón de la virgen era tan puro como el primer rayo de luz de la mañana, y la madre esperaba que aquel amor la llenaría del todo; que haría la felicidad de su hija.

La joven se había llegado á familiarizar con la imagen de Oxfeler; éste á quien su padre había dado noticia de la mano que le preparaba, había contestado á su esposa con toda la ternura de la juventud y todo el entusiasmo de un guerrero, y ambos estaban satisfechos, y esperaban el fin de la guerra, ó alguna ocasión favorable, para unir su suerte.

Los días de Netzula pasaban con tranquilidad, y las noches en el regazo de sus padres; su agitación solamente eran los ausentes, á quienes amaba en el campo. Su hermano y Oxfeler, eran los que solían arrancar un suspiro á su corazón; alguna vez fijaba su atención en su madre, que oprimida por la edad volaba á la tumba. La juventud se complace en distraerse, aun en medio de los peligros, y las ideas lúgubres son desechadas de su pensamiento.

### III

El día de un combate se aproximaba; y aunque no era éste el que debía decidir la suerte de América, Ixtlou y su familia

lo esperaba con ansia: Octai solía estar agitada por tristes presentimientos; temía que la muerte cubriese la hermosura de Utali. Netzula se estremecía al pensar en los peligros de los que amaba.

El día llegó: mil veces la flecha se tiñó de sangre de los hijos del océano; pero el rayo que lanzaban deshizo las fuertes columnas de Anáhuac, y los guerreros abandonaron el campo: Netzula se paseaba en el jardín de su casa con la inquietud de la esperanza y el temor: oyó un leve ruido entre los árboles, y vió una figura imponente que se acercaba á ella; se detuvo, y esperó con resolución.

Era un guerrero; su cabeza estaba cubierta con plumas blancas y encarnadas; el oro y las piedras cubrían su cuerpo; una grande hacha en su mano y un escudo de un tamaño enorme en su izquierda; su talla era gigantesca, y un manto encarnado guarnecido de oro contribuía á hacer su aspecto magestuoso. Estaba fatigado, y sus facciones conservaban aún el ademán terrible del combate.

Netzula resolvió momentáneamente mil pensamientos; pero la vestidura, que indicaba ser el guerrero de los principales jefes del ejército, le volvió la tranquilidad, aunque su corazón palpitaba fuertemente. Permaneció inmóvil y silenciosa con los ojos fijos en el jefe.

El guerrero rompió el silencio: bella jo-

ven, exclamó, ¿rehusarás la fruta de tus jardines al defensor de tu patria? Netzula le presentó las más frescas, y se atrevió á preguntar por Utali y el ejército: el joven sació la sed que le devoraba, y habló así: "El extranjero se presentó sobre las montañas: los fuertes de América estaban sobre el valle, firmes, inmóviles, apoyados sobre sus armas, como la encina, cuyas ramas se asientan en su ancho tronco; el sol estaba en sus armas; los hijos del océano se adelantan hacia nosotros, y un torrente de fuego va delante de ellos; el humo los envuelve, y el sol se oculta en un velo de nubes y sangre: el campo es todo un lago rojo, un sepulcro de héroes."

"La noche nos cubre entretanto, y la oscuridad envuelve el combate: nosotros nos retiramos al monte, y volveremos á unirnos en el bosque para luchar con los hijos del mar. Hoy estamos abrumados por la fatiga, pero mañana buscaremos la muerte en las armas del enemigo: el lugar que ocupe nuestro cuerpo tendido por los campos será cubierto con gloria. Utali, el más valiente de los jóvenes de Anáhuac, derramará sobre él las lágrimas de la amistad, y levantará mi fama: vive aún, y él será el consuelo de sus padres y la delicia de las hermosas de Anáhuac."

La virgen había escuchado en silencio la relación de la muerte; pero las últimas palabras del héroe habían alegrado su cora-

zón: sus ojos estaban animados, y miraban al jefe como al amigo de su hermano: quiso preguntarle por Oxfeler; pero un rubor secreto coloreó sus mejillas, y las palabras se disiparon en sus labios: después de un momento de pausa, convidó al jefe á descansar en su casa; pero el guerrero exclamó: "La patria me llama, no me detendré, linda virgen, tu memoria me seguirá á todas partes, y tu imagen vivirá siempre en mi corazón: volveré á verte cuando el fuego de los combates haya consumido al poderoso extranjero, cuando las aves del cielo celebren festín sobre el campo de su derrota."

El guerrero partió: Netzula fija en un lugar, estaba llena de pensamientos: la derrota de su país, el valor y la vida de Utali, la duda sobre Oxfeler, y el amor de las últimas palabras del hijo de la guerra habían agitado su corazón: pensaba en sus padres y en su madre moribunda, á quien podría conducir al sepulcro la caída de los bravos de Anáhuac.

La promesa de volver que había pronunciado el valiente, ocupaba su alma; pero podría ser la expresión de la gratitud, y no del amor.

La juventud vacila siempre en sus ideas: el joven había conmovido el corazón de Netzula; pero ¿por qué siempre el recuerdo de Oxfeler se unía á la imagen del guerrero de los jardines? Netzula por un mo-

vimiento involuntario resolvió no decir nada de aquel acontecimiento á su madre: cualquiera impresión profunda podría agravarla, y ella sería entonces acaso la causa de su muerte. Así encontramos en todas ocasiones razones plausibles para apoyar nuestras ideas: volvió á su casa y aparentó tranquilidad, aunque su alma estaba llena de recuerdos, y la memoria de Oxfeler se unía á todos sus pensamientos.

La derrota de América se extendió pronto, y estaba coloreada de negro: sólo Utali y Oxfeler habían escapado de la muerte: el campo era el sepulcro del ejército: el desaliento era general, y el miedo hacía grandes los estragos: se supo por fin que la mayor parte había llegado al bosque en que deberían reunirse, y que muy pronto volvería á encenderse la hoguera de la guerra.

Netzula dió aquella noche la noticia á los ancianos, y les llevó cartas de Oxfeler: en ellas vieron que aunque la derrota era considerable, el valor más fuerte que las armas, ardía aún en el pecho de los soldados: dentro de poco combatirían por la última vez, y anhelaban porque llegase el momento de la batalla: las almas de Ixtlou y de Ogaule crecían en los peligros, envidiaban la penosa muerte de los que habían perecido en el combate, y habrían querido participar de la gloria que esperaba á sus hijos.

Estrecharon á Netzula alternativamente

en sus brazos, y le recordaron la unión de Oxfeler: la virgen prometió su mano de nuevo al general de su patria, y se sonrió con el entusiasmo de los ancianos; pero esta sonrisa tenía cierta melancolía amarga como la que inspiran los sentimientos secretos y tristes del corazón, cuando prevenimos un mal indefinido é incierto.

Quando volvía á su casa era cerca de amanecer, y la luz débil del oriente empezaba á iluminar los objetos; pero la virgen estaba llena de los acontecimientos del día: la idea del guerrero de los jardines vivía en su alma; así pasaron muchos días, y la imagen del general del ejército había sido casi borrada poco á poco de su corazón; como á nadie había comunicado su encuentro, no volvió á oír hablar de él, y Oxfeler, cuyo nombre oía todos los días, ocupaba de nuevo su alma. Nuestras impresiones más vivas pasan ligeras, y sólo vuelven á nosotros como la imagen de un sueño que nos conmovió; las cartas del hijo de Ogaulé no hablaban ya de Netzula; pero los ancianos lo atribuían á la guerra que llamaba toda su atención, y este silencio era acaso lo que hacía crecer el interés de la joven.

En una noche de las que vino la virgen al asilo de la ancianidad, dijo á Ixtlou: Padre mío, pasado el día de mañana habrán brillado sesenta primaveras sobre vuestra frente: en otros días más felices estaba yo

al lado de mi hermano, y todos reunidos formábamos la alegría del corazón; pero hoy en los combates... acaso... mejor fuera que estuviese á nuestro lado, y que se separase de los peligros...

—Calla, hija mía, interrumpió el anciano: tus palabras son de una doncella tímida, hablas como una mujer débil. Jamás el hijo de Ixtlou huirá de los poderosos en la guerra; jamás llegará el postrero al combate del valor: hijo mío, continuó después de un corto silencio, el alma de tu padre se regocija en tus hazañas, y tu fama que se levanta es el placer de mi ancianidad; no temo tu muerte, todos tus abuelos murieron en los campos del bravo; temo que antes de tu caída no ciña tu frente el laurel de la gloria.

El anciano cesó de hablar: sus ojos brillaban en su rostro surcado por las arrugas, y contrastaba el fuego que ellos despedían con el aspecto frío de la ancianidad; Netzula también estaba silenciosa, pero sus ojos estaban llenos de lágrimas, porque su pensamiento recordaba á Utali, al amigo de su juventud y de su niñez.

## IV.

El día se acercaba, y la hija de Ixtlou marchaba por el monte llena de sus pensamientos, oyó el bramido de una fiera muy

próximo, y se paró helada de terror; un sudor frío corría por sus miembros, y el cabello se erizó sobre su frente; temblaba como un ciervo cuando es sorprendido por el cazador.

Oyó segunda vez un grito del animal; pero no era el acento ya del furor, sino el último gemido de uno que va á expirar, dilatado y profundo como los dolores de la postrera agonía de la vida. Osó sacar la cabeza del árbol en que se había ocultado, y vió un lobo expirando á los piés de un hombre que aún conservaba en su mano el dardo ensangrentado con que le había herido. Netzula estaba aún más sorprendida: el cazador podía investigar la morada de los ancianos, y esta idea era cruel para la hija de ellos.

La luz resplandece en el oriente, y la joven no puede ocultarse ya; el cazador la conoce y se aproxima á ella: el héroe de los jardines es también conocido por la virgen de la noche: el jefe no estaba cubierto de oro ni su cabeza de plumas; pero una piel de oso sobre sus espaldas, y un arco con sus dardos en su mano realizaban la hermosura del cazador: fijó en tierra la punta del dardo, sus ojos en la hija de Ixtlou, y exclamó: Querida de mi corazón, tu imagen ha sido mi compañera desde el día de los jardines en el día y en la noche: en la caza y en el sueño, en las batallas y en el descanso has venido á encantar mis

meditaciones: ¿rehusará la hermosa del Anáhuac el apoyo del fuerte para restituirse á la casa de sus padres?

La joven calló; pero sus mejillas estaban más encarnadas que el oriente: por fin, dijo al cazador, que los caminos eran seguros, y que podría volver sola al asilo de su habitación: el héroe marchó pensativo, y la joven aún palpitaba cuando llegó á la casa de Octai.

¿Qué impresiones ocupaban de nuevo el alma de la hija de Anáhuac! Había vuelto á ver á este guerrero, á este hombre que la había sorprendido con todo el esplendor de la gloria, y con todo el interés de la desgracia. Ahora no estaba tan lleno de brillo como el día de los jardines; pero su rostro no estaba abatido, y era más hermoso por sí solo con el vestido de cazador que con el uniforme sobresaliente y el plumaje de los guerreros.

Así será Oxfeler, se dijo en su interior la virgen, y este recuerdo de Oxfeler, la amargaba en aquel momento. Se acordaba del compromiso que la unía con el jefe, y esta memoria era como una nube que se levanta, vaga y empañada, y se interpone entre la luna apacible y el campo solitario.

Pasaron algunos días pero no se olvidaba este pensamiento: y si la hija de Ixtlou hubiera sabido dibujar, habría podido retratar al joven que había debido á su generosidad los socorros del jardín. El si-

lencio de Oxfeler hacía de cuando en cuando sospechar á la virgen que estaba olvidada en el corazón del héroe que sólo anhelaba la sangre y la gloria. ¿Qué soy yo, se decía á sí misma en comparación de la perspectiva de fama que él tiene ante sus ojos? Anhela los combates y no aprecia ni mi afecto ni mi amor.

Sin embargo, esta idea no la afligía mucho. Esta falta del héroe le volvía en parte su libertad, y ella se conocía dispuesta á desterrarlo de su pensamiento. Su idea favorita era entonces ceñirse la banda de las sacerdotisas del sol, y vivir separada del universo. En los pensamientos tristes nos fijamos en la religión y ella es el consuelo de las calamidades del dolor en la vida. ¡Oh la joven bellísima del Anáhuac no tenía escrita la felicidad en su hoja del libro del destino!

En aquellos días se recibió una carta del hijo de Ogaule, en que hacía mención de Netzula. Estaba llena de un fuego que aun en sus primeras cartas jamás había usado. Los ancianos la leyeron á la hermosa, y en el encarnado de su rostro creyeron leer el placer mal disimulado de su corazón: pero los pensamientos de la doncella se habían oscurecido con estas expresiones del amor.

Vuelta á la casa de su madre, meditaba en estos acontecimientos, y en su alma luchaban una multitud de irresoluciones. Oxfeler es su amante, el amante de la elec-

ción de su padre, el que ha tenido ya su palabra y su consentimiento; pero á pesar de las expresiones de ternura que le prodiga, á pesar de las esperanzas de fortuna y de gloria unidas á este enlace, ¿qué vacío deja en su corazón! ¿qué imposible es para ella desterrar de su alma á ese guerrero desconocido que no tiene otro mérito que la impresión repentina que ha hecho sobre su alma!

Pero ya es casi público el matrimonio tratado entre el jefe glorioso y la hermosa de Anáhuac, y no pudiera sin manchar su fama, ofrecer á otro un corazón en que había ofrecido colocar al héroe de la patria: este respeto á nuestro honor y á la fama pública es la pasión de las almas grandes: si á Netzula sólo se hubiese ofrecido por inconveniente la pérdida del puesto glorioso que la esperaba al lado de Oxfeler, no hubiera vacilado un solo momento para romper el compromiso que la unía con él, pero no podía resolverse á sacrificar su honor.

De esta manera resolvió separar de su corazón el recuerdo del cazador, y consagrarse entera al hijo de Ogaule: se ofrecía al sacrificio, y si lo resistía su voluntad, encontraba un apoyo en su conciencia y en la razón, pues ningún título podía tener á su amor un desconocido á quien sólo había visto dos veces, y cuya alma y costumbres estaban cubiertas con un vélo.

Contestó, pues, la carta del héroe con to-

do el entusiasmo, que si no inflamaba su corazón, al menos era correspondiente á sus deseos y á los propósitos que había formado. Le ofreció de nuevo confirmar sus promesas con la solemnidad más fastuosa, luego que el laurel de la guerra cediese su lugar al mirto del amor.

He aquí, dijo una noche al despedirse á su padre, mi respuesta al electo de vosotros; y sonrosándose partió al momento. Ixtlou leyó la carta, y abrazó ardentemente á Ogaule diciéndole: Amigo mío, he aquí el alma, he aquí la voz de mi Octai: cuando luchábamos en los juegos de la fuerza, así me hablaba la virgen de mi amor. Los ancianos sintieron una lágrima correr por sus mejillas, y gozaron anticipadamente el placer de la unión de sus hijos.

#### V.

Los hijos de la España se han extendido por los campos de Anáhuac, como la tormenta que cruza por el inmenso cielo: el camino que conduce á la mansión del monte de los ancianos, está cada día más peligroso é inseguro: ya las marchas de la virgen se retardan, y sólo se desliza por los campos cuando la llama la necesidad, ó puede servirla de asilo el obscuro seno de una noche lóbrega.

La mano dura de la enfermedad se asien-

ta sobre su frente, y el color de la rosa desaparece de sus mejillas: los pesares y los tristes presentimientos de su corazón, agravan sus males. Se presenta una noche á propósito para ir á la cueva; la virgen procura esforzarse, pero Octai más prudente se ofrece ir á ella, y logra con trabajo que su hija permanezca en la casa.

Ha partido ya; pero también el sueño está muy lejos de los ojos de Netzula; Octai no volverá hasta el amanecer, pero su hija ha resuelto esperarla, y no gozará de la tranquilidad antes de su vuelta. La inquietud por las personas que amamos, es uno de los tormentos de la vida.

Netzula se ha colocado en una ventana, y espera con ansia á la madre á quien debe el ser: la noche está oscura, las nubes presentan un cielo negro y uniforme, como el velo de un sepulcro: una estrella brilla solitaria por un momento, y va á perderse en la obscuridad: así el rayo de la dicha para los hombres, brilla un instante, y desaparece en la inmensidad de los dolores.

Dentro de poco el agua cae impetuosamente, y el corazón de la doncella late con violencia: sabe que el camino de la montaña está cortado por muchos despeñaderos, oye distintamente el ruido de los torrentes que se precipitan de la altura, y entre tanto se aproxima la hora en que Octai debe volver.

Esta hora ha pasado, y nadie se presenta,